



LA NOVELA HISTÓRICA EN EL CONTEXTO DOMINICANO

Por Avelino Stanley

Cuando Nietzsche afirma que "tenemos necesidad de la historia para la vida y para la acción" está reafirmando que están abiertas de par en par las puertas para que el literato penetre al pasado y le dé vida con su magia ficticia a cualquier fragmento de ésta o a su totalidad. Porque la historia, es decir, los hechos pasados, y el presente, constituyen la base matérica sobre la cual se arma ese todo corpóreo que constituye la novela.

La historia, para el novelista, tiene tal importancia que Bosch, con toda su lucidez sostuvo que "Para el conjunto llamado humanidad su memoria es la historia, y la necesita a tal extremo que la inventa en el género literario llamado novela" (Juan Bosch, Temas históricos, Tomo I, Alfa & Omega, 1991, Santo Domingo, R. D., pág. 15).

Es que, en el sentido de lo ya planteado, el hombre tuvo que inventarse los hechos que con el tiempo convirtieron en esas mitologías que le dieron la fuerza necesaria para seguir hacia adelante. Es decir, cuando el hombre todavía no tenía historia, la inventó. Por eso, por la necesidad de la historia, en la literatura de la humanidad de todos los tiempos la novela histórica existe en gran abundancia. O, ¿qué es esa representación por excelencia de la épica que Homero tituló La Ilíada y La Odisea?

Contrario a Nietzsche, Fukujama parodió la historia con su sazónada tesis sobre el fin de ésta producto de la plena satisfacción o la humanidad por parte del modelo capitalista y la democracia. ¡Ay, si se pasara por la República Dominicana! Fukujama, con su planteamiento, no sólo le anuncia el fin de la incursión en la historia a los literatos, sino que, además, toca la trompeta del "happy end" para la humanidad misma. Por suerte, se trata de una manifestación más de la incapacidad para diseñar el rumbo de la humanidad. Y Fukujama no es el primero en sucumbir en su incapacidad de vaticinar el rumbo del futuro. Joseph Ramoneda afirma que "La doctrina del fin de la historia es un tema recurrente a lo largo de los dos últimos milenios del breve período del tiempo -...- en el que, según tenemos constancia, el hombre ha ido deponiendo sus pensamientos." (El fin

La historia, para el novelista, tiene tal importancia que Bosch, con toda su lucidez sostuvo que "Para el conjunto llamado humanidad su memoria es la historia, y la necesita a tal extremo que la inventa en el género literario llamado novela"

de la historia, en *La novela del siglo XX y su mundo*, Escuela de Letras, s.l., Madrid, 1997, pág. 151).

Hacia la discusión del concepto "novela histórica"

Para llegar a un acuerdo sobre lo que es la "novela histórica" habrá que gastar menos tinta que la invertida ya en demostrar y definir lo que es novela y lo que no lo es. La conclusión de lo que es "novela histórica" tiene inminentes posibilidades de llegar a un fin feliz. Es que en la novelística dominicana hay muchos casos de novelas que se les está llamando "novelas históricas" y podrían no serlo. Por eso, encontrar la definición del término que se ajuste a nuestras convicciones nos ayudaría a realizar con mucho mayor satisfacción dicha ubicación.

Bruno Rosario Candelier, en su libro *Tendencia de la novela dominicana* se refiere a la novela histórica argumentando que una respuesta en ese sentido "...hay que darla atendiendo a la capacidad asociativa y polisémica que la obra pueda suscitar; a los elementos de invención creadora; el poder imaginativo en ella desplegado; al uso artístico del lenguaje y a la transmutación estética del dato objetivo y de los hechos, y a los valores simbólicos o alegóricos implicados en la obra. Todo eso confirmará la literariedad, junto a otros factores..." (PUCMM, Santiago de los Caballeros, R. D., 1998, Imprenta Teófilo, pág. 141.).

Con aproximaciones hacia una definición que nos acerca más a la clasificación del concepto, acudamos a otro estudioso del tema. El español Jorge Larrosa, en un importante trabajo publicado en 1998 titulado *Experiencias de la lectura* sostiene que "...la novela histórica y, sobre todo, la novela realista, mantiene la pretensión de "hacer ver" o de "hacer comprender" algo al lector a propósito de la sociedad o del mundo del pasado y puede ser enjuiciada por su valor de verdad" (Jorge Larrosa, *Experiencias de la lectura*, estudios sobre literatura y formación, Editorial Laertes, S. A, Segunda Edición, 1998 (la primera es de 1997) Barcelona, España, pág. 413).

Jorge Larrosa acude a una vinculación más precisa de un elemento fundamental para la definición del término "novela histórica": el pasado. Es decir, la época en que ocurrió el hecho (o los hechos) que se han tomado como punto de partida para novelar.

Es que, en sus escritos, los historiadores lo que hacen es reproducir el pasado, lo sucedido, es decir, la historia. Pero lo hacen presentándonos los hechos ya muertos. Presentan los hechos como yacen en la época ya sucedida. Los novelistas, en cambio, reproducen esos mismos hechos. Pero lo hacen retornándole vida, dándole el vigor de la época pasada y trasladándolos a la época del presente. Un presente continuo, perenne, infinito. Pero un presente donde sale a relucir, por supuesto, la imaginación. Y no importa que esto se haga con la interpretación del autor. Así tiene que ser. Porque, según Vargas Llosa, "Para conquistar su soberanía una novela debe emanciparse de la realidad real, imponerse al lector como una realidad distinta, dotada de unas leyes, un tiempo, unos mitos u otras características propias e intransferibles. (...) Sólo las ficciones fracasadas re-

BRUNO ROSARIO CANDELIER

ENSAYOS CRITICOS

ANALISIS DE TEXTOS DOMINICANOS CONTEMPORANEOS



"Ensayos Críticos" de Bruno Rosario Candelier.

producen lo real; las logradas lo aniquilan y lo transfiguran" (La verdad de las mentiras, Seix Barral, Barcelona, España, 1992, pág. 53).

Pero no hay que perder la mirilla del objetivo de encontrar la definición de lo que es "novela histórica" para poder ubicar mejor lo que consideramos como tal. Es que de este término se necesita una definición que nos colme la satisfacción que exige la objetividad. En ese sentido, un estudioso de la literatura hispanoamericana que ha hurgado bastante en estos menesteres es Enrique Anderson Imbert. Según este estudioso "Llamamos 'novela histórica' a las que cuentan una acción ocurrida en una época anterior a la del novelista". (Notas sobre la novela histórica en el siglo XIX. En Arturo Torres-Rioseco, comp. La novela Iberoamericana, 1-24, Albuquerque; University of New Mexico, 1952. Citado por Seymour Menton en La nueva nove-

la histórica de América Latina, 1979-1992, Fondo de Cultura Económica, México, 1993, Pág. 33).

De todos los autores que hasta el momento se han citado, es Anderson Imbert el que acude al más importante elemento. Se trata, de "la época" (y él logra centrarse en ello) que haya ocurrido el hecho histórico sobre el cual se ha novelado para definir la "novela histórica". En consecuencia, si se acepta dicho planteamiento, queda claro que "la novela histórica", para que lo sea, tiene que basarse en "una acción ocurrida en una época anterior a la del novelista".

La definición de Enrique Anderson Imbert es, si vale el término, coronada por Seymour Menton, crítico norteamericano especialista en literatura latinoamericana. Según este autor "...hay que reservar la categoría de novela histórica para aquellas novelas cuya acción se ubica total o por lo menos predominantemente en el pasado, es decir, un pasado no experimentado directamente por el autor.

La nueva novela histórica de América Latina, 1979-1992, ob.cit. Pág. 32).

Son claras y precisas las aseveraciones de estos dos autores. Y las aceptamos como tal. Partiendo de ellas, una de las conclusiones inmediatas que sale a relucir es que las novelas que se han escrito en el país sobre Trujillo no son necesariamente novelas históricas. No lo son, sencillamente, porque los autores que han escrito novelas sobre Trujillo (o sobre la tiranía) todos, vivieron -unos más que otros- la época del tirano. En consecuencia, la novela histórica sobre Trujillo no se ha escrito. Y no podrá ser escrita como novela histórica por aquellos autores nacidos bajo la tiranía. Es que hay un elemento que traiciona, que salta a permearlo todo al momento de escribir sobre un hecho trascendente, un hecho con un espacio ganado en la historia inmediatamente después de haber sucedido. Y ese elemento es el testimonio. El testimonio, con su incidencia, es capaz de traicionar hasta la fidedignidad histórica más escurridiza en un hecho ficcionalizado.

Por eso no son novelas históricas, incluso, otras que se tienen como tales. Citamos, por ejemplo, *Tiempo muerto*. Y la citamos porque, he sido invitado debido a que según dicen he escrito una "novela histórica" sobre los cocolos. Pero el discurrir durante mi vida entera entre esa cocolidad que continuó a partir de los años sesenta, me neutraliza, de acuerdo con Anderson Imbert y Seymour Menton, para que *Tiempo muerto* sea una novela que clasifique como novela histórica.

Tampoco son novelas históricas, de acuerdo con la definición que tomamos como valedera, las publicadas por Diógenes Valdez (*Retrato de dinosaurios en la Era de Trujillo*), Haffe Serrulle (*Las tinieblas del dictador*), ni la de Miguel Holguín-Veras (*Juro que sabré vengarme*). A lo sumo, dentro de los prominentes autores dominicanos tienen publicadas novelas históricas Carlos Esteban Deive (*Magdalena y Las devastaciones*) y Manuel Salvador Gautier (con su novela *Serenata*, mas no así con sus novelas anteriores tituladas *Tiempo para héroes* y *Toda la vida*).

Pero el dilema en torno a la "novela histórica" no termina ahí. Seymour Menton sostiene que en América Latina ha surgido una

"Nueva novela histórica" que se ha desarrollado entre 1979 y 1992. A las novelas históricas anteriores a ese período las denomina "novela histórica tradicional". Para este estudioso "la novela histórica tradicional se remonta al siglo XIX y se identifica principalmente con el romanticismo, aunque evolucionó en el siglo XX dentro de la estética del modernismo, del criollismo y aún dentro del nacionalismo..." (Ob. Cit. Pág. 35).

Entre las 316 novelas históricas consideradas como las más tradicionales de América Latina y publicadas entre 1949 a 1992, Seymour Menton cita de República Dominicana a El buen ladrón y Judas, de Marcio Veloz Maggiolo; El testimonio, de Ramón Emilio Reyes; y a Magdalena y Las devastaciones de Carlos Esteban Deive. Cita, incluso, novelas publicadas entre 1979 y 1992, pero que no han logrado reunir lo requerido para poder clasificar en lo que él llama "la nueva novela histórica". Pues para pertenecer a esta categoría deben cumplir los siguientes 6 requisitos:

- 1.- La subordinación, en distintos grados, de la reproducción mimética de cierto periodo histórico a la presentación de algunas ideas filosóficas...
- 2.- La distorsión de la historia mediante omisiones, exageraciones y anacronismos.
- 3.- La ficcionalización de personajes históricos a diferencia de la fórmula de Walter Scott de protagonistas ficticios.
- 4.- La metaficción o los comentarios del narrador sobre el proceso de creación.
- 5.- La intertextualidad.
- 6.- Los conceptos bajtinianos de lo dialógico, lo carnavalesco, la parodia y la heteroglosia, entiéndase la multiplicidad de discursos o el uso consciente de distintos niveles o tipos de lenguaje.

Los aspectos de estos requisitos, sin embargo, no son arena del desierto en el cual andamos en estos momentos.

La novela histórica en República Dominicana

En la República Dominicana se actúa bajo la premisa de que la novela es un género poco desarrollado. De acuerdo con Miguel Collado, en su libro "Apuntes bibliográficos sobre literatura dominicana", entre 1841 y 1969 se publicaron 164 novelas. Luego, entre 1970 y 1989 se publicaron 51. En la década del 90 (y este último dato, impreciso, no es de Miguel Collado) se han publicado unas 50 novelas. En total, desde 1841 hasta marzo de 1999 se han publicado unas 265 novelas en nuestro país. Es decir, en 154 años de historia como nación se han publicado unas 265 novelas. Algo más que una novela por año. De acuerdo con esas 265 novelas, citamos unas diez por ser las más mencionadas y que corresponden a novelas propiamente históricas. Entre ellas están:

"Enriquillo", 1882, de Manuel de Jesús Galván; "Guanuma", 1960, de Federico García Godoy; "El buen ladrón", 1961 y "Judas", 1962, de Marcio Veloz Maggiolo; "El testimonio", 1961, de Ramón Emilio Re-

yes; "Magdalena", 1964 y "Las devastaciones", 1979, de Carlos Esteban Deive; "El reino de mandinga", 1987, de Ricardo Rivera Aybar, y ahora, en 1998, las novelas "El sueño era Cipango", de Bruno Rosario Candelier y "Serenata", Manuel Salvador Gautier. No son las únicas novelas históricas que tenemos, lo repito, pero son las más conocidas y las dos últimas, las más recientes. De todas ellas novelas, Enriquillo, la más antigua, sigue siendo nuestra novela por excelencia. Y, por supuesto, también nuestra novela histórica principal.

La novela histórica, entendida en el cumplimiento de las características señaladas por Seymour Menton para ubicarla en la categoría de "Nueva novela histórica", aún no se ha escrito. Tampoco se ha escrito, según estudiosos como Bruno Rosario Candelier, la verdadera novela dominicana. El reto está ahí. Lo tienen no sólo los novelistas. Si no todas aquellas personas que por dentro se le revuelve el gusanillo de la inquietud pidiéndoles que escriban, al menos una novela.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Arturo Torres-Rioseco, "Notas sobre la novela histórica en el siglo XIX". La novela Iberoamericana, 1-24, Alburquerque; University of New Mexico, 1952. Citado por Seymour Menton en La nueva novela histórica de América Latina, 1979-1992, Fondo de Cultura Económica, México, 1993.
- Bruno Rosario Candelier, "*Tendencia de la novela dominicana*", PUCMM, Santiago de los Caballeros, R. D., Imprenta Teófilo, 1998.
- Jorge Larrosa, "*Experiencias de la lectura, estudios sobre literatura y formación*", Editorial Laertes, S. A, Segunda Edición, Barcelona, 1998 (1ra ed. 1997).
- Josef Ramoneda, "El fin de la historia, en La novela del siglo XX y su mundo", Escuela de Letras, s.l., Madrid, 1997.
- Juan Bosch, "Temas históricos", Tomo I, Alfa & Omega, Santo Domingo, R. D. 1991.
- Mario Vargas Llosa, "La verdad de las mentiras", Seix Barral, Barcelona, España, 1992.
- Miguel Collado, "Apuntes bibliográficos sobre literatura dominicana", Colección Orfeo, Biblioteca Nacional, Impresos Ismaelito, Santo Domingo, 1993.
- Seymour Menton, "La nueva novela histórica de América Latina, 1979-1992", Fondo de Cultura Económica, México, 1993.

Avelino Stanley

Premio Nacional de Novela. 1997. con la obra *Tiempo muerto*. Ha publicado. *Equis*, novela, Premio Internacional Sin Fronteras, 1986. *Los disparos*, cuentos. 1988: *Personajes de nuestra historia*. biografías. 1990. *Catedral de la libido*. novela. 1994 y *La máscara del tiempo*. cuentos, 1996.